CARLOS ARNICHES

LA SOMBRA DEL MOLINO

ZARZUELA

en un acto y en prosa, original

MÚSICA DEL MAESTRO

VICENTE ARREGUI



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

LA SOMBRA DEL MOLINO

LA SOMBRA DEL MOLINO

ZARZUELA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES

música del maestro

VICENTE ARREGUI

Estrenada en el TEATRO DE APOLO de Madrid, la noche del 21 de Noviembre de 1914



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número *551*

1914

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ISABEL	SRA.	MAYENDÍA.
CASILDA	SRTA.	MOREU.
TERESA		CORTÉS (P.)
CAMPESINA 1.ª		NAVA.
CLAUDIO	SR.	VILLA.
SEÑOR ELÍAS		RUFART.
LADISLAO		MONCAYO.
CORVINO		S. DEL PINO.
JORGE		VIZZANI.
SEÑOR ALBERTO		ORTAS (p.)
OFICIAL FRANCÉS		ROMÁN.
SARGENTO FRANCÉS		CASTAÑÉ.
ESTEBAN		IBARROLA.
CAMPESINO 1.º		GUTIÉRREZ.
IDEM 2.º		FISCHER.

Campesinas, campesinos y soldados franceses

La acción en el Tirol, en el año 1797, durante la guerra de invasión franco-bávara

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Interior de un molino harinero. Al foro, hacia la izquierda, la puerta de entrada, de una hoja practicable y, al lado, hacia la izquierda también, una ventana con amplias vidrieras, que al abrirse dejan ver una extensa campiña. En la parte derecha del foro, y en un tercio de su longitud total, hay una segunda estancia en la que se ve funcionar el molino con sus rodeznos y su tolva. En los rincones de este lugar, habrá sacos de harina y grano amontonados. Cuelga de las vigas carcomidas un viejo velón de seis mecheros. Una trampa de madera se levanta en primer término derecha dejando paso á un supuesto subterráneo. En la primera habitación del molino, ó sea en la exterior, se verá, en los laterales izquierda, una cocina de campana con su correspondiente alacena. A ambos lados de la cocina, pequeñas puertas practicables. En los laterales derecha, hay una puerta de madera en forma de valla de dos hojas, que se supone da á una corraliza. Una mesa de pino en el centro de la habitación. Sillas de esparto convenientemente repartidas. En el foro izquierda, entre la ventana y la puerta, un pequeño armario de madera tosca. Próximas al fogón, dos ó tres sillas bajas. Comienza á declinar la tarde. En la campana de la chimenea, un candil y un farol apagados.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, CASILDA, TERESA, CAMPESINA, SEÑOR ELÍAS, LADISLAO, ESTEBAN, CAMPESINO 1.° y 2.°

Música

(Al levantarse el telón, funciona el molino, rodando las piedras y escuchándose el ruido peculiar de los ba

tanes al golpear en el agua. El señor Elías, subido en una escalera, echa, con un pequeño capazo, grano en la tolva. Isabel, ata por la abertura, pequeños sacos ya llenos de harina y los entrega á Ladislao, que á su vez los da á Esteban quien los saca hasta la puerta, donde Teresa y la Campesina 1.ª lo cargan en un borriquillo que se verá desde el interior. Los Campesinos 1.° y 2.° ayudan á la faena de la molienda, midiendo grano ó llenando sacos. En el aire de esta estancia, flotan partículas de harina, envolviendo á los que trabajan en una atmósfera densa y blanca. En la habitación exterior, Casilda cuida, junto al fuego, de la caldera puesta á la lumbre, mientras sentada en una silla baja, monda patatas con un agudo cuchillo.)

Hablado sobre la orquesta

Isabel (A Ladislao, dándole un pequeño saco, lleno de harina.) Esto aún es de Teresa.

Lad. ¿Aún? (Dándolo a Teresa.) Toma, hija; ¡y ya llevas seis sacos!

Ter. ¿Te choca el buen año?

Lad. Me choca, pero no me duele. Que Dios os lo aumente.

Est. (Que coge el saco á Teresa, contestando á Ladislao.) Buena tierra paniega es la nuestra, señor Ladis, pero hay que ver el cuido. (Salen él y Teresa á cargar el saco en el borriquillo. Ladislao, al pasar destapa el caldero que está á la lumbre y lo huele con delectación. Casilda le mira amenazadora y el va á seguir su faena.)

Elías (Al Campesino 1.°) Venga otro capazo, tú.

Camp. 1.° (Dándoselo.) Ahí va, señor Elías. (El señor Elías lo va echando en la tolva.)

Cantado

Isabel

Cuando quieras ser constante,
ven á escuchar el molino,
pasan días, pasan años
y siempre canta lo mismo.
Así tié que ser la moza
que es cabal,
con el mozo que la quiera,
siempre igual.

(Durante esta copla, Ladislaó ha vuelto á sacar otro saco á los que cargan el borriquillo. Al regreso, y ya terminado el cantar de Isabel entra de nuevo, vuelve á acercarse á la cocina, husmca, levanta la tapa del puchero, y saca con precaución una tajada, la sopla y se la come.)

Cas. (Dándole un cogotazo al sorprenderle.) ¡Pero so bruto! pero ¿qué has metío en la olla?

Lad. Dos deos.

Cas. ¿Y qué has sacao?

Lad. Dos y chorizo, ¡mira qué rico! Es que me caía de debilidad.

Cas. ¿Pero cómo no te quemas, recondenao?

Lad. Porque en este mundo el que se quema, no saca náa, y el que no se quema, pues ya ves. (Come.)

Cas. ¡Calla, calla, hambronazo!

Lad. (Al señor Elías.) Y ya podíamos parar el molilino, señor Elías, que está cayendo la tarde. (Empieza á oscurecer lentamente.)

Elías Tié razón; no me había dao cuenta. Corta el agua.

Lad. Allá voy. (Finge levantar una compuerta; el molino va parando poco á poco. Cesa la música.)

Hablado

Elías (A Isabel.) Buen día de trabajo nos dimos, hija. (Avanzan al proscenio.)

Isabel No fué malo, padre, pero así provee Dios. (Se quita el pañuelo de la cabeza y lo sacude. Van saliendo todos á la habitación exterior, limpiándose la harina.)

Est. ¿Le quea á usté un trago de vino, señor Elías?

Elías Pa los güenos parroquianos, siempre tié el molinero una jarra. Sírvenos, Silda.

Est. Gracias. Hay que tomar fuerzas antes de emprender el camino e la aldea.

Elías (Casilda ha sacado del armario un jarro de vino y unos vasos de metal y les sirve.) Venid vosotros á echar un trago si quereis. (Vienen los Campesinos 1.° y 2.° Se sientan todos alrededor de la mesa, menos Ladislao que sigue en pie. Isabel habla en la puerta del molino con la Campesina. Casilda sigue con sus trabajos de guisandera.)

Elías (Bebiendo.) A vuestra salud.
Los demás (Idem.) A la de usted.
Lad. (Limpiándose los labios con el dorso de la mano.) ¡Buen año tuviste, Esteban!
Est. No fué malo, no. Y eso con guerras y quebrantos, que de estar en paz, no habría en el Tirol campos más floridos ni espigas más granás que las mías.
Lad. ¡Maldita guerra!
Camp. 1.º ¡Cien veces maldita!
Est. ¿Pero qué hacen esas balas tirolesas, que no encuentran á Napoleón, señor Elías? (Con entusiasmo bélico.)
Elías Si viniera por acá con sus tropas, yo te juro que hay una en mi fusil, que no perdería el viaje.
Camp. 1.º A mí me tien dicho que ese emperaor de los franceses es una fiera.
Camp. 2.º Dicen que es un tirano sanguinario. (Sigue oscureciendo.)
Cas. (Que se ha ido acercando, atraída por la conversación.) Yo he oído que es así, bajito, regordete, afeitao, y como buen corso, astuto y cruel; pero, ¡si yo le cogiese!... Yo, una humilde campesina tirolesa, con este mismo cuchillo... (Acción de clavarlo.)
Lad. (Interrumpiéndola.) ¡Chist! Calla y monda.
Cas. ¿Y por qué voy á callar?
Lad. Porque tú te vas de aquí (De la boca.) y á lo mejor salen franceses de debajo de las piedras y no me da la gana de verte colgá de una viga, haciéndoles guiños á las telarañas.
Cas. (Indignada.) ¿A las telarañas? ¡Eso es llamarme sucia! (Dándole un empujón.)
Lad. Llamarte sucia y evitarme un luto. Calla y monda.
Camp. 1.º Tié razón el señor Ladis, hay que ser prudente, señá Silda, que por menos de lo que usté ha dicho, fusilaron los franceses el mes paso á Andrés Hófer.
Elías Yo le conocía. ¡Buen patriota!
Est. Pues ahora, (Con misterio.) según mis noticias, ¿sabeis á quien andan buscando pa matarlo?
Todos ¿A quién?

Est. A Claudio Isbruk

Elías ¡Claudio Isbruk! ¡Ese sí que es un valiente! (Con entusiasmo.)

Est. Por eso le buscan; porque es el héroe de la independencia tirolesa.

Elías Déjalos que le busquen; con ese no dan.

Camp. 1.º ¡Pues á fe que bien le persiguen!

Elías No le hace; él se ríe de eso. Le ven y no le cogen. Claudio Isbruk es como una sombra.

Est. Me han dicho que trae locos á los franceses porque cuando se ve sorprendido, pa salir de los peligros, dicen que unas veces se disfraza de cura, otras de mujer, otras de mendigo... ¡qué sé yo!... Ayer mismo me contaron que la otra noche le perseguían de cerca los franceses y fué él y se ocultó en una casa abandoná y fueron ellos y rodearon la casa y la pegaron fuego por los cuatro costaos pa que no pudiese escapar. Y de pronto le vieron pasar volando á sus espaldas como una centella en su caballo negro y oyeron ese largo silbido con que Claudio se anuncia cuando huye ó cuando llega á alguna parte.

(Se oye lejano un silbido largo y suave.)

Lad. Como ese.

(Se levantan todos asustados, menos Elías.)

Todos ¡Como ese!

Camp. 1.º ¿Habeis oído? (Pausa.)

Est. ¿Será él, señor Elías?

Elías ¡Qué ha de serlo!

Cas. ¿Y aunque lo fuera, por qué temerle?

Elías ¡Pobre Claudio! ¡Todos debíamos ser como él! (Se levanta. A las mujeres subiendo á su grupo.) ¿Y vosotras de qué hablais, picoteras?

(Empieza la música.)

Ter. Que nos estaba diciendo aquí la Isabel, que esta noche vienen Jorge y su padre á tratar con usté pa los menesteres de su boda.

Elías Así es.

(Esteban y los Campesinos cogen sus chaquetas y sombreros y se los ponen.)

Campesina Y la estábamos diciendo que buen mozo se lleva.

Isabel Por lo menos bien querido.

Ter. Eso por de contao.

Isabel De chicos nos conocimos y ha sío mi solo querer.

Est. Mozo rico y guapo. ¡Buena bodita, señor Elías!

Elías (Preocupado.) Claro que sí.

Cas. (Aparte.) (No va á estar mala boda! ¡Cuando se sepa la verdá, ¡ay de todos!)

Camp. 1.º Pues la noticia bien vale un trago.

Elías (Sirve vino.) ¡A la salú de los novios!

Todos (Beben.) ¡A su salú!

Isabel Gracias, muchas gracias.

(A su tiempo suena una campana lejos, dulce y pausadamente en toque de oración.)

Ter. ¡El Angelus! (Se descubren. Rezan en voz baja.)

Música

(Durante el número, Ladislao coge la escalera y subiéndose enciende el velón colgado de una viga; Casilda acerca el candil, que enciende, colgandolo en la campana de la chimenea; Ladislao vuelve á dejar la escalera en su sitio.)

Hombres (Dentro.)

El Angelus lejano
que suena en la campana,
nos dice misterioso:
«Dejad de trabajar».

Mujeres Dejad vuestras labores;
ya volvereis mañana.
Corred, porque os espera
la paz de vuestro hogar.

Todos El «Angelus» lejano,
etc., etc.

(Suenan dentro clarines. Todos suben á la puerta del fondo y miran hacia la campiña. Sigue oscureciendo.)

—

Elías De nuevo sonaron
clarines de guerra.
¡Clarines malditos!
Dejadnos. Callad.

Isabel Su triste sonido
á todos aterra..
Se alejan.

Todos Dios mío,
traednos la paz.

(Vuelven á oirse los clarines.)

Hablado

Ter. Vamos ya, Esteban, que pasan tropas cerca y hay que caminar por los atajos.

Est. Sí; no sea que nos encontremos una patrulla de franceses y nos quiten la harina como hicieron tras antier.

Elías (Enérgicamente.) ¿Y por qué no la defendiste á tiros?

Est. ¡A tiros! Ande con Dios la harina, que harina hay mucha y pellejo no hay más que uno, señor Elías. Vaya, á todos, salud. (Vanse foro izquierda; Isabel cierra la puerta con cerrojo.)

Isabel Id con Dios. Voy á aviarme; no tardará Jorge. (Vase segunda izquierda.)

Elías ¡Miserables! ¿No los oíste, Silda?

Cas. Son unos cobardes, señor Elías.

Elías Lo son. ¡Temblaba de ira al escucharlos!

Cas. (Mirando á Ladislao.) Hay muchos pantalones mu mal empleaos.

Lad. ¡Vaya, ya la ha tomao con los pantaloncitos! ¿Pues supongo que no lo dirás por los míos?

Cas. Mira, calla, si no quiés que te ponga unas enaguas.

Lad. Lo digo, porque pantalones más guerreros que estos no se pintan. Deciseis cuchillos tienen, conque tú verás.

Cas. ¡Pero no sois hombres!

Elías Dice bien la Silda; no son hombres, Ladis, los que duermen tranquilos sin haber hecho caer sobre esta tierra ofendida, sangre de invasores. (Descuelga un farol de la repisa de la campana de la chimenea y lo enciende en el candil.)

Lad. ¡Sangre!... ¡degollinas!... ¡matanzas!... ¡Caray, pero si se está más distraído en el cementerio que en casa!

Cas. ¡Cobarde!

Lad. Pero...

Elías ¡Silencio! (Levanta la trampa.) Voy por el subterráneo hasta la peña grande. Claudio debe andar cerca. ~~Ya oíste antes su silbido.~~

Cas. Está bien.

Lad. (Mientras sostiene la trampa.) Yo que usté, no me arriesgaría por ese *suterráneo,* señor Elías,

porque una noche le puén á usté sosprender y...

Elías — ¡Silencio! Vergüenza debía darte tener menos valor que tu mujer. ¡Gallina!

Lad. — Pero si es que yo...

Elías — ¡Gallina! (Baja; Ladislao cierra la trampa.)

ESCENA II

CASILDA y LADISLAO

Lad. — ¿Me ha llamao gallina?

Cas. — Él te ha llamao gallina y yo te digo que detrás de gallina, pongas de mi parte lo más feo que haiga.

Lad. — No; si me ha llamao gallina, ¿qué voy á poner? ¡Figúrate! (Avanza.)

Cas. — ¿Y no te da vergüenza que te lo llamen?

Lad. — Mucha, mucha, no; ¿no ves que desde chico me estoy oyendo comparar á volátiles? De pequeño me llamaban *pichón;* de mayorcito, *pollo;* cuando tuve relaciones contigo, *ganso;* cuando me casé, *pavo*, y ahora, *gallina;* conque á ver si no es pa acostumbrarse.

Cas. — ¡Pero qué sinvergüenza eres!

Lad. — Por muchos años.

Cas. — ¡Aunque, qué se va á esperar de ti, si de mozo ya eras un cobarde!

Lad. — ¡Alto allá, eso es una *calunia;* de joven me se ha admirao en tóo el pueblo por valiente.

Cas. — ¿Tú valiente? ¿En qué ocasión?

Lad. — Cuando nos casamos; que al ir yo hacia la iglesia, tóo el mundo me señalaba con el dedo, diciendo: «¡Se va á casar con la Silda!... ¡Valor se necesita!... ¡Valor se necesita!...» Y no se oía otra cosa por tóo el pueblo.

Cas. — ¿Y eso es valor?

Lad. — Llama á Napoleón y dí que se case contigo y si se atreve, pierdo las orejas.

Cas. — Calla, calla, si no quieres que te tire una silla á la cabeza.

Lad. — Me tirarás lo que quieras, pero esa heroicidad no me la borra á mí ni Carlo Mango.

Cas. — Lo que debías tú hacer, si tuvieras vergüen-

za, es imitar á nuestro amo, al señor Elías, que ha dao por el Tiról su sangre y su dinero.

Lad. Lo que debíamos hacer nosotros, si tú no fueses una tonta, es irnos de aquí; porque el día que se enteren los franceses de que esa sombra que se ve toas las noches alrededor del molino, es la de Claudio, acabamos como los melones de cuelga: columpiándonos en una viga, ¡y á mí *vaivienes* no!...

Cas. ¿Y qué me importa á mí la vida? Yo he oído contar que ha habido mujeres que, no pudiendo hacer otra cosa por su patria, en cuanto han tenío cerca un francés, ó le han echao á un pozo ó le han envenenao. Pues bien, yo...

Lad. (Aterrado.) ¿Qué brutalidad vas á decir?

Cas. Que yo te juro que el día que vengan aquí franceses...

Lad. ¿Qué?

Cas. Cojo esos polvos que tenemos para matar las ratas y en cuanto me pidan agua, ó vino, ó comida... mueren todos. Por estas cruces!

Lad. ¡¡Silda!! (Con espanto.)

Cas. Los enveneno. Está jurao.

Lad. Calla, por Dios, no digas eso, Silda; miá que a lo mejor salen franceses hasta de debajo de las piedras, y si te oyese uno, uno tan solo... ¡¡Ah!!... (Da un grito espantoso al ver que se dibuja tras los cristales empañados de la ventana, la silueta de un morrión y un fusil.) ¡¡Cielos!! (De un salto, retrocede hasta apoyarse en la corraliza.)

Cas. (Asutada.) ¿Qué pasa? (Retrocede hacia la izquierda.)

Lad. (Tembloroso, señalando la ventana.) Uuuuuu... Uno... Mira.

Cas. (Retrocediendo asustada.) ¡¡Un francés!!

Lad. ¿No te lo.. no te lo... lo... decía yo? Mira... mira... (Muerto de espanto, sin dejar de mirar á la ventana.) Eso pa que veas que cuando yo te di... digo... una coco... una cocosa... es que...

ESCENA III

DICHOS y CORVINO (lateral derecha) por la corraliza. Corvino es un muchachuelo como de diez y seis años, feo, harapiento, corcovado. Sale casi á gatas de la puerta de la corraliza y á los mismo pies de Ladislao, que no le ha sentido; finge el aullido de un perro

Cor. ¡Güeeee!

Lad. ¡¡¡Aaah!!! (En el paroxismo del miedo da un salto y cae tembloroso y medio muerto sobre un silla.)

Cor. (Se levanta riendo alegremente.) ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya un susto que le he dao! ¡Ja, ja, ja!

Cas. ¡Demonio de chico, que me has dejao á mí también sin gota de sangre!

Lad. ¡Pero... pero qué jo... qué jorobao este! ¡Maldita sea!... ¡Si no puedo hablar del susto!

Cor. ¡Ja, ja, ja! (Sigue riendo.)

Lad. (A Casilda.) Bueno, ¿ves tú? En estas ocasiones es en las que comprendo yo la utilidad de las armas blancas, porque si yo tuviese en este momento un cuchillo, miá por dónde cenabas esta noche *rebanás* de jorobao.

Cor. ¿Pero se ha asustao usté mucho?

Lad. Mucho, mucho, mucho no; pa una apoplegía fulminante na más.

Cor. Y qué creía usté, ¿que aquello era un francés?

Lad. ¿Pues qué, iba á creer viendo ese morrión, que eran sopas de ajo?

Cor. (Quitando de la ventana el morrión, un palo y una manta.) Náa, que se ve que no ha nacío usté pa comerse los niños crudos. (Lo esconde en la segunda.)

Lad. Pa comerme los niños crudos no habré nacío; pero con ganas de morderlos, sí que me quedo algunas veces, no creas.

Cor. (Ríe.) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué señor Ladis!

Lad. En fin, me voy á echar el pienso á las vacas, que estoy viendo que son los únicos animales como yo... con sentido común. (Vase puerta de la corraliza.)

ESCENA IV

CASILDA y CORVINO

Cor. (Poniéndose serio) Se fué. ¡Gracias á Dios!
Cas. ¿Y eso? ¿Qué te pasa?
Cor. Estaba deseando que nos dejase solos, señá Silda.
Cas. ¿Hay noticias? (Con gran interés.)
Cor. He visto á Claudio y le he dicho cuanto usté me encargó; que esta noche iban á venir al molino Jorge y su padre á pedir la mano de Isabel.
Cas. ¿Y qué hizo?
Cor. Se quedó como un muerto; pero le añadí que no se apurase, porque en cuanto el señor Elías le descubra al padre de Jorge, con lo avaro que es, que ha dao toa su fortuna pa la guerra y que su hija es pobre, la boda se desbaratará. No me contestó.
Cas. ¡Pobre Claudio!
Cor. Y yo, ¿sabe usté cuál es mi miedo?
Cas. ¿Cuál?
Cor. Pues que las cosas de la guerra andan por lo mediano. La comarca hierve de franceses; á Claudio le han abandonao los suyos, y solo, huído, desesperanzao, me sospecho que sólo aguarda que la boda de Isabel esté concertá, pa hacerse matar.
Cas. ¡Santo Dios! ¿Qué dices?
Cor. Es lo que me temo.
Cas. ¿Y qué haríamos pa evitar que ese loco busque la muerte?
Cor. No lo sé, señá Silda; pero yo haré algo. Le debo la vida. De entre las garras de unos soldaos franceses, que iban á colgarme por espía, me arrancó á tiros, ¡calcule usté! ¡Ni á mi hermano le quiero tanto! Poco puedo, pobre de mí, pero algo haré; ¡lo juro! Quién sabe: á veces un gusanillo...
Cas. ¡Chits!... ¡Calla! El señor Elías que sube.
Cor. Ni una palabra.

ESCENA V

DICHOS y el SEÑOR ELÍAS (del subterráneo)

Elías — (Saliendo.) ¿No vino nadie?

Cor. — Casi nadie; yo na más.

Cas. — Poco, pero malo.

Elías — ¡Hola, buena pieza! ¿Viste á Claudio? (Va á la chimenea, apaga el farol, lo cuelga y se sienta.)

Cor. — Al filo del mediodía, en las encartaciones de Vestrom.

Elías — A mí me pareció antes oir su silbido, y por eso salí por el subterráneo hasta la Peña grande.

Cor. — Es temprano pa que haya sido él.

Elías — ¿Te dijo que vendría?

Cor. — Sin falta.

Elías — ¿Sabe que sospechan que se refugia en el molino?

Cor. — Lo sabe; pero es igual: vendrá.

Elías — Pues yo temo que esta noche le suceda algo. Vi entre el pinar, á la luz de la luna, bultos que se movían y sospecho que de enemigos.

Cor. — ¿Quiere usté que vaya á verlo?

Elías — Pero ¿y si son franceses y te matan?

Cor. — No hay miedo.

Elías — Pues anda y no tardes.

Cor. — Vuelvo á escape. (Vase puerta foro.)

Cas. — Es una ardilla ese diantre de jorobao.

Elías — Lo es. ¿Y mi Isabel? (Se levanta y cierra la puerta.)

Cas. — Aviándose pa recibir á su novio.

Elías — ¡Pobre hija! Dila que venga. Voy á confesárselo todo, no sea que lleguen Jorge y el señor Alberto.

Cas. — Antes debió usté haberlo hecho.

Elías — No tuve valor, Silda; que no encuentra un padre hora buena pa amargar la felicidad de un hijo.

Cas. — Pero como ello ha de ser, cuanto antes sea, mejor.

Elías — ¡Es tan triste lo que he de decirla!

Cas. (*Acercándose á la segunda izquierda.*) ¡Isabel! ¡Isabel!... Tu padre. (*Vase primera izquierda.*)

Elías Tiemblo como la hoja en el árbol. ¡Pobre Isabel!

ESCENA VI

SEÑOR ELÍAS. ISABEL segunda izquierda

Isabel (*Ya compuesta y gozosa.*) ¿Me llamaba usté, padre?

Elías Te llamaba; he de hablarte, hija mía. (*Se sienta á la izquierda de la mesa.*)

Isabel ¿A mí?

Elías De algo preciso.

Isabel Pero, parece usté triste. ¿Qué sucede?

Elías Nada, Isabel; pero antes que vengan Jorge y el señor Alberto, quiero que sepas tú, algo que al tratar de vuestra boda, he de advertirles á ellos honradamente.

Isabel No comprendo, padre; ¡pero no sé qué inquietud me da oirle á usté!

Elías Ten calma y escucha. Nada importaría el caso, si se tratase de Jorge y de ti no más, que os queréis con bizarro querer, como á mí place y como cuadra á zagales honraos y generosos.

Isabel ¡Entonces!...

Elías Pero se trata del señor Alberto, que ya le conoces; es avaro como la propia avaricia, de alma seca y dura, sin más ley ni religión que las monedas.

Isabel Padre, no comprendo por qué me dice usted eso ahora.

Elías Ten calma, que vas á comprenderlo; pero antes óyeme con valor y contéstame con franqueza. Isabel, ¿amas á tu patria?

Isabel Dios, usté, Jorge y mi patria, son mis amores.

Elías (*La abraza.*) Así te quiero, hija mía.

Isabel ¿Cómo dudarlo?

Elías Yo, ya lo sabes, soy buen hijo de esta tierra desgraciada y heróica en que nacimos. Y de mi pasión por ti, ¿qué he decirte? Te quedaste sin madre al llegar al mundo, du-

pliqué mi cariño para que no echaras de menos el que perdías al nacer, y de niña reíste tantas veces con la cabecita apoyada contra mi pecho, que la alegría de tu infancia aún resuena en mi corazón. Con celo de padre, con ternura de madre velé por ti, y para tu felicidad y tu regalo ahorré el fruto de un trabajo afanoso. Adquirí tierras, compré ganados, y con la granja y el Molino, se doblaron nuestros bienes. El señor Alberto lo supo—porque el oído de un avaro escucha el son de todas las bolsas—y quizá por creerte la más rica campesina de la comarca, consintió tus amores con su hijo...

Isabel Tal vez, porque él es así; pero ¿qué hemos de temer si lo que cree es verdad?

Elías (Abrumado.) ¡Que ya no lo es, hija mía!

Isabel (Levantándose.) ¡Padre!

Elías Que ya no lo es, Isabel.

Isabel ¿Qué dice usted?

Elías ¡Ya no somos ricos!

Isabel ¡Santo Dios!

Elías Lo que guardaba para ti, que eres hija mía, lo necesitó la patria, que es madre de todos, y por ella lo di; por su libertad, por su independencia. Me parece cobarde que el rico esconda su diuero cuando el pobre va á dar su vida. Los instantes son de dolor y aflicción, la patria muere; hay que salvarla, hay que darlo todo por ella.

Isabel (Con entusiasmo.) ¡Bien hecho, padre! ¿De manera que somos pobres?

Elías ¿Te aflige?

Isabel ¿Afligirme? He dicho que Dios, usté, Jorge y mi patria, son mis amores.

Elías ¡Eres mi hija! (Abrazándola.)

Isabel (Con orgullo.) ¡Soy tirolesa! (Quedan abrazados; ataca la música.) ¡Él! ¡Jorge! ¿Le oye usted? Es su canción.

Elías No olvides que es preciso decirles toda la verdad, hija mía.

Isabel ¡¡Qué mayor orgullo!! (Vase Elías primera izquierda. Isabel, abre la puerta y sale al exterior.)

ESCENA VII

ISABEL y JORGE

Música

Jorge (Dentro y lejos.)
Camino del molino
van mis amores,
y cuanto más se acercan,
¡ay!, son mayores.
¡Si se supiera
que la culpa la tiene
la molinera!

Isabel (Desde el exterior.)
¡Es su voz! ¡No hay duda! ¡¡Es él!!

Jorge (Más cerca.)
Los suspiros que lanzo
los lleva el viento,
y con ellos se lleva
mi pensamiento.
(Isabel entra en la casa.)
¡Si Dios hiciera
que llegara á saberlo
la molinera! (Entra Jorge.)
Isabel mía.

Isabel Mi Jorge.

Jorge Con qué ansiedad te buscaba,
¡vida mía! (Abrazándola.)
Ahora sé lo que te quiero;
¡hasta este instante
no lo sabía!

Isabel Rezo con fervor tan hondo,
tan sincero,
que nada puede ocurrirte;
¡Dios te defiende
porque te quiero!

—

Cuando aquí vienes,
los campos ríen,
se abren las flores,
y el aire tibio
susurra amores.

Jorge

Siento al mirarte
dicha inefable
—vida del cielo—
goce infinito,
de algo que se halla
sobre este suelo.

Los dos

Cuando aquí {vienes / vengo,} etc.

—

Camino del molino
van {sus / mis} amores,
etc., etc.

Hablado

Jorge (Con pasión.) ¡Ya pronto estaremos unidos para siempre, Isabel mía!

Isabel ¡Me parece que sueño!... ¡Tanto lo deseaba! ¿Y tu padre?

Jorge Venía conmigo, pero su caballo anda poco. En cambio á mí me trajeron volando, caballo y pensamiento.

ESCENA VIII

DICHOS, SEÑOR ALBERTO. Luego SEÑOR ELÍAS

Alb. (Fuera, llamando.) ¡Elías! ¡Elías!

Jorge Mi padre llega.

Alb. ¡Ah, del molino!... ¡Elías!

Isabel (Llamando primera izquierda mientras Jorge sale á recibir á su padre.) ¡Padre, el señor Alberto!

Elías (Saliendo primera izquierda.) Ya le oí. (Va hacia la puerta.) Pasa, hombre, pasa.

Alb. (Entrando.) Salud á todos. (A Isabel.) ¡Hola, buena moza!

Elías ¿Dejaste el caballo?

Alb. Ahí lo está atando Jorge junto al suyo.

Isabel (Ofreciéndole silla.) ¿Quiere usted sentarse?

Alb. Poco será, que traemos prisa y antes de media noche quiero estar de vuelta allá abajo. (Entra Jorge.)

Elías (A Isabel.) Saca un vaso de vino, hija. (Isabel lo sirve.)

Alb. ¿Pero para qué esos cumplidos? (A Jorge, dándole el capote que se ha quitado.) Déjame ahí el capote.

Elías (Llenándole el vaso.) Anda, calienta el estómago. (Jorge é Isabel van á sentarse en dos sillas bajas junto al hogar cerca de la lumbre.)

Alb. Gracias. (Bebe.) ¡Buen vinejo bebes, amigo! Yo no lo cato hace tiempo y hay que ver si me gusta, pero andan las cosas tan malamente...

Elías (Riendo.) ¿Estás en tanta necesidad? (Llenando la pipa de tabaco.)

Alb. No te burles, que si uno no mirara lo que hace, ni mal vivir podríamos. ¡Maldita pobreza! ¿Puedes llenarme la pipa?

Elías Sí, hombre. (Se la llena de tabaco de su bolsa.)

Alb. Gracias. ¡Este vicio recondenao!...

Elías Toma lumbre. (Le da la yesca encendida.)

Alb. Sí te lo aprecio, que no tenía.

Elías ¿Saliva sí tendrás?

Alb. (Riendo.) Poca, no vayas á creerte...

Elías Porque si no escupo yo, con franqueza.

Alb. ¡Ja, ja! ¡Cómo te burlas de los pobres!... De castigo, lléname otra vez el vaso, anda.

Elías Cuanto quieras. (Se lo llena.)

Alb. (Lo bebe poco á poco.) ¡Qué rico!... Es una bendición esta abundancia. (Se limpia los labios.) Bueno; pues á lo nuestro, Elías. (Señalando á los novios.) Ya sabes á lo que vengo, conque al grano, que yo cuando no puedo otra cosa, ahorro palabras.

Elías Pues tú dirás.

Alb. Pues náa, que creo que los muchachos dicen que si se quieren ú si no se quieren ú por lo menos que se quieren casar. Y según se les ve, así parece.

Elías Es pa maliciárselo; y por mi parte estoy conforme.

Alb. ¿Conforme? ¡Claro, tú te alegrarás! Tiés una hija... las hijas no valen pa náa; la casas, te quitas de cuidaos y en paz. Pero yo, ¡yo no es lo mismo! Un hijo es más útil: hace lo que un criao y no cobra. Cáa hijo, un salario menos. Si no fuera porque comen, una ganga. Pero en fin, tendremos paciencia. Bueno; ¿y tú cuánto podrías darle á tu hija

para que viviesen conmigo y me ayudasen á conllevar esta miseria?

Elías ¡Que cuánto le daría á mi hija?

Alb. ¿Cuánto? (Jorge atiende.)

Elías Pues yo la daría... la daría lo mejor del mundo: una tierra que se perdiese de vista, una casa llena de tóo, una bolsa reventando de oro...

Alb. Bueno, ¿pero en números, en números?...

Elías Pues no quiero engañarte, Alberto.

Alb. (Alarmado.) ¿Cómo engañarme?

Elías Sí... ha llegao la hora de decirte toda la verdad. Yo no puedo dar á mi hija más que un rincón en el molino, si quieren vivir conmigo, y el pan que se gane en el día.

Alb. (Se levanta aterrado y tembloroso.) ¡Qué!... ¿Qué dices? ¿Pero eso... eso será una broma?

Elías Eso es una triste verdad.

Alb. (Lívido y descompuesto.) ¿Que es verdad? (A Jorge.) ¿Oyes esto, tú? (A Elías.) Pero, ¿y la granja?... ¿Y el ganao?... ¿Y tóo lo que tenías, que más te se contaba que á mí, pa qué lo guardas?

Elías Pa esta lo guardaba, pero ya conoces mis ideas y cuanto tenía lo dí para sostener gente en armas contra los invasores, y he perdido mi fortuna.

Alb. ¡Que has perdido tu fortuna?

Elías La dí toda para la guerra!

Alb. ¡Para la guerra! ¡Para la guerra! (Pausa larga. Silencio enojoso. Se reflejan en los semblantes las distintas emociones. El señor Alberto, al principio, vacilante y sin saber qué actitud tomar; por fin, se rasca la cabeza, se tranquiliza, sonríe: ha encontrado su gesto. Con ironía que trata en vano de disimular.) ¡Dar la fortuna pa la guerra!... ¡Pa la guerra! Jorge, hay que venerar á este hombre. Nosotros somos más ruines, pero lo que debe estimarse, sabemos estimarlo. A ti lo que te da ó te quita es que los franceses estén más arriba ó más abajo: ¡eres un patriota! Yo, pobre de mí, que estén mis rebaños en los establos y mis cosechas en los graneros, es lo que he mirao. Pero, amigo, lo sublime siempre es sublime. Elías, á los hombres como tú, venerarlos es poco. (A Jorge.) Alárgame el sombrero, hijo. (Este obedece.)

Elías Alberto... bien veo que te burlas, pero no me ofendes; estas cosas grandes, el que no las sabe llorar, las ríe.

Jorge (Airado.) ¿Pero á usté qué le importaba la guerra? ¡Lo primero es lo de uno, que es la fortuna!

Elías (Enérgicamente.) ¡Lo primero es lo de todos, que es la patria!

Isabel ¡Jorge! (Corvino asoma por la corraliza, empuñando un fusil y contempla la escena.)

Alb. Yo creo que cosas de la guerra, son cosas de Dios; y cuando los franceses viven en el Tirol, es porque Dios lo consiente.

Elías Pero Dios no es tirolés; yo, sí, y no lo consiento.

Alb. (Con fingido entusiasmo.) ¡Bien dicho!... ¿Eh?... ¡Qué patriota! ¡El sombrero, hijo, el sombrero!... (Jorge le da el capote.)

Isabel Pero, ¿se van ustedes sin que se trate de nada?

Elías Piensa, Alberto, en el amor de estos muchachos.

Alb. ¡Dar pa la guerra cuanto se ganó! (Se pone el capote.) ¡Quedarse en la miseria! ¡Qué héroe! (Empujando á Jorge.) Anda, hijo, anda, que ya es tarde.

Isabel (A Jorge.) ¿Pero tú qué dices? ¿En qué quedamos? Porque esas miserias para tu padre, pero nosotros...

Alb. Vamos, hijo, vamos; ya hablaréis otro rato. Ya volveremos; ya volveremos. (Los separa.) Anda, anda. (Hace salir al hijo.)

Elías ¡Pero Alberto!

Alb. (Desde la puerta.) ¡Adiós, Elías!... ¡Así, así! (Ríe. ¡Je, je, je! ¡Todo por la patria!

Elías ¡Todo! (Señalando á su hija que queda sentada junto á la mesa llorando.) ¡Hasta la felicidad de los hijos; ya lo ves! (Vanse.)

Cor. (Saliendo por la puerta de la corraliza.) ¡Miserables! (Apuntando desde la puerta con el fusil.) ¿Les disparo?

Elías Déjalos. (Vase, con semblante dolorido, pero con noble serenidad por la primera izquierda. Isabel queda llorando. Corvino cierra la puerta escondiendo el fusil en el segundo departamento.)

ESCENA IX

ISABEL y CORVINO

Cor. ¡Maldita sea!... ¡Ya lo tenía encañonao! (Bajo dulcemente.) ¿Lloras, Isabel?

Isabel ¡Se fué!... ¡Se fué sin una palabra de cariño ni de consuelo! ¡Porque me quedé sin nada!... ¡Porque soy pobre!... ¡Pobre! (Llora.)

Cor. ¡Pobre tú! Ya quisiera ese avaro la fortuna que tú tienes. ¡No llores, tonta! Por fuerza es que no se ha fijao. ¿Qué quiere ese tío,) plata y oro? Pues nada hay en ti que no sea de oro y de plata. De oro es tu corazón; de plata tu voz. De oro tus cabellos; de plata tu carne. Brillantes son tus ojos, corales tus labios, perlas tus dientes. (La acaricia llorando.) ¡Pero si eres una joyería, Dios mío! Y él, ¿qué tiene? Un montón de moneas, enterrás bajo el estiércol, que pa sacarlas tié que ensuciarse los dedos de... ¡Puaf! (Gesto de asco.) ¡Qué asco!... Llama al mozo que quieras y me juego la cabeza á que á ti te llama rica y á él no.

Isabel ¿Lo escuchaste todo?

Cor. Todo lo escuché: ¡son unos miserables!

Isabel Jorge, no.

Cor. Jorge es como su padre: ¡casta de avaros! Y el querer no debe saber más cuentas que, que una y uno son dos; y al año tres; y al otro cuatro... ¡si no vienen mellizos! Y que cuando te sumas á un hombre, si viene otro á multiplicarte, él se expone á una resta y tú á que tu marido te divida. Y con el cariño que haga más matemáticas, ni nunca tendrás cariño ni te saldrán las cuentas. ¡Y hazle caso á un quebrao!

Isabel ¡Ay, Corvino!... ¡Qué tormento!... ¡Si Jorge no volviese!... ¡Enloquezco de pensarlo!

Cor. ¡Lástima de querer empleao en ese hombre! Si en lugar de Jorge hubiese sido Claudio, ¡cómo había de haberte abandonao por pobre!

Isabel ¡Claudio! ¡Claudio!... ¡Siempre estás con lo

mismo! ¿Qué sabe Claudio de amoı? El, un hombre de guerra, rudo, arisco, solitario...

Cor. ¿Claudio rudo? ¿Arisco? ¡No le conoces, Isabel! ¡Sé yo un secreto de Claudio!...

Isabel ¿Tú? ¿Un secreto suyo?... ¡De amor acaso!

Cor. ¡Un secreto de amor! ¡Si tú supieras!...

Isabel ¿Y qué secreto es?

Cor. Es una historia triste que Claudio me contó una noche. Oyela.

Isabel A ver.

Cor. Oye cómo empezaba.

«De una niña, bonita como un sol,
se enamoró un soldado del Tirol.»

(Suenan dos tiros fuera.)

Cor.
Isabel } (Aterrados.) ¡Santo Dios!

ESCENA X

DICHOS, CLAUDIO, SEÑOR ELÍAS, LADISLAO. Luego SEÑORA CASILDA

Elías (Saliendo apresuradamente primera izquierda.) Cerrad bien.

Lad. (Aparece aterrado, tambaleándose, por la puerta de la corraliza.) ¡Mi... mi... mi madre!

Claudio (Empuja por fuera la ventana y entra precipitadamente.) ¡Me persiguen!

Todos ¡Claudio!

Elías Apagad la luz. (Corvino apaga el candil. Queda la escena en una obscuridad profunda. A la claridad de la luna se ven pasar por detrás de la ventana las siluetas de tres soldados franceses. Llaman á la puerta con golpes repetidos.)

Claudio ¡Son los franceses!

Lad. ¡Dios me valga!

Elías Silencio. Vamos por el subterráneo.

Cas. (Aparece á medio vestir, agitada, temblorosa, con un velón en la mano por la primera izquierda.) ¿Qué pasa? (Al hacerse la luz, han desaparecido de escena Isabel, Claudio y el señor Elías. Estos por el subterráneo y ella primera izquierda.)

Lad. (Muerto de miedo.) Pues que... que... que... que, que están llamando ahí á la pupu... á la pupuerta.

Cas. ¿Pero quién?
Cor. ¡Los franceses! (*En voz baja.*)
Cas. (*Lo mismo.*) ¡¡Los franceses!! (*Vuelven á llamar.*)
Lad. (*Temblándole las piernas.*) ¿Y qué te te... qué ta te papa... paparece que hagamos?
Cor. Abrir; no hay más remedio.
Cas. Lo mismo creo; abre tú.
Cor. Vaya usté. (*Vuelven á llamar.*)
Lad. ¿Quién va... (*Se dirige hacia la puerta y retrocede.*) quién va, pa que le peguen un tiro? Yo no abro.
Sarg. (*Fuera.*) ¡Ah del molino! (*Golpean la puerta.*)
Cor. ¡Chits!... ¡Silencio! (*Alto.*) ¿Quién?
Sarg. Soldados franceses; abrid pronto.
Cor. Ya vamos.
Lad. (*Con voz ridícula.*) Ya vamos á acostarnos: si pudieran ustedes volver mañana...
Sarg. Abrid á escape.
Cor. Esperen un momento, que voy por la llave.
Lad. Y si no abrimos es que se nos ha perdido.
Cor. Hay que abrir, si no quemarían el molino. Pero como vienen buscando á Claudio, para que no nos hagan hablar, si les parece á ustedes yo haré como que soy idiota; (*A Ladislao.*) usté hágase el sordo y usté la muda. (*A Casilda.*)
Lad. Bien pensao.
Cas. Yo haré lo que queráis, pero como me pidan algo de comer ó de beber, yo os juro que los polvos...
Lad. ¡Silda, por Dios, no seas animal!
Cor. ¡No vaya usté á hacer un disparate, que nos cuelgan!
Cas. Los enveneno. Lo he jurao y lo hago: ¡por estas!
Sarg. (*Fuera, impaciente.*) ¡Pero abrís con mil demonios!
Cor. Ya vamos. No olvidarse; usté...
Lad. Yo soy tonto.
Cor. Usté sordo.
Lad. ¿La tonta es esta?
Cor. El tonto soy yo; la señá Silda, muda.
Lad. Entedido. Voy allá. (*Abre la puerta haciéndose el sordo en voz y ademán.*) Adelante, señores; pasen ustedes. ¡Tanto bueno por este su molino. (*Entran los franceses.*)

ESCENA XI

DICHOS, SARGENTO FRANCÉS, SOLDADO 1.° y SOLDADO 2.°

Sarg. (Después de inspeccionar el interior.) ¿Cómo tardábais tanto en abrir?

Ladislao (Acercando el oido.) ¿Qué?

Sarg. (Alto.) ¿Que como tardábais tanto en abrir, canallas?

Ladislao Señor sargento, tráteme usted con alguna consideración, que soy teniente.

Sarg. ¿Cómo?

Ladislao Un poco sordo. (Muy fuerte.) Idiota.

Sarg. ¿Qué?

Ladislao Idiota ese joven. (Por Corvino, que se ha sentado al hogar.)

Sarg. Ya ya. ¿Y esa mujer?

Ladislao De usted y mía.

Sarg. Digo que si es sorda también.

Ladislao No, señor; muda.

Sarg. ¿De nacimiento?

Ladislao De un susto. (Casilda desde lejos habla por los dedos.) ¿Y usté la ve que tié que hablar por los dedos? Pues toa su vida ha hablao por los codos.

Sarg. ¿Y estáis los tres solos en el molino?

Ladislao No señor; Estamos los tres, un burro y dos cerdos... (A los soldados.) Pasen ustedes. (Estos pasan y miran por las puertas y el segundo departamento.)

Sarg. ¿Y sóis los dueños?

Ladislao En arriendo.

Sarg. ¿Es hijo vuestro ese granuja? (Por Corvino.)

Ladislao No, señor. (A él.) El señor pregunta que quién eres.

Cor. (se levanta renqueando; habla torciendo la boca, con la cara estúpidamente sonriente de un idiota.) ¿Yo? (Dando vueltas al sombrero entre sus manos.)

Sarg. Sí, tú.

Cor. Yo... nadie soy; yo vivo solo en el mundo. No tengo padre, ni madre; nadie tengo. Ando libre... como un pájaro... bebo en las fuentes... como en los campos... Pá tóos da Dios.

El mundo es mu grande y yo, con mi zurrón al hombro, mundo alante, camino, camino, camino...

Sarg. ¿Eres un vagabundo?

Cor. ¿Eh?

Sarg. Que si eres un vagabundo.

Cor. No sé. Nadie soy. Yo ando por las aldeas; canto, bailo... Me hacen corro mozas y viejas... Canta el idiota y todos ríen, dan limosna, y así yo corro un pueblo, corro otro pueblo, otros después, siempre alegre... ¡Pá todos da Dios! El mundo es grande y yo, con mi zurrón al hombro, mundo alante camino, camino, camino...

Sarg. Pues mucho cuidado con mentir, porque ayer colgamos á dos espías que nos habían dicho que eran músicos ambulantes; no te digo más.

Cor. ¡La muerte! ¡Ja, ja! No asusta... ¡Qué más da! El idiota muere; nadie le llora. Si no me matas, con el zurrón al hombro, por aquí abajo tengo que ir caminando, caminando, caminando... Pos si me matas, con el zurrón al hombro, verás al idiota, por allá arriba, arriba, caminando, caminando, caminando.

Sold. 1.º ¡Qué monserga se trae este mozo!

Sarg. Pues has de bailar y cantar, para que veamos si es cierto lo que dices.

Cor. Sí señor.

Cor. Y tú, molinera (Accionando mucho y muy expresivamente para que Casilda lo entienda.) danos un jarro de vino que traemos secas las gargantas.

Cor. (¡Atiza!... ¡Le piden vino!)

Casilda (Hace señas de que va por ello. Con mucha alegría les indica que les traerá un jarro lleno. Vase segunda izquierda.) (¡Ahora es la mía!)

Ladislao (Aterrado y aparte.) (¡Ay que los envenena!...)

Sarg. (A los soldados.) Sentaos. (A Corvino.) Vaya; á cantar y bailar, buena pieza (Se sientan los tres á la mesa.)

Cor. Sí, señor; voy á dejar mi sombrero y mi chaqueta. (Se aparta para quitárselo. Ladislao queda de espaldas al grupo.)

Sarg. (Aparte á los soldados.) (Sospecho que este hombre no es sordo. Vamos á verlo.) (Al soldado 1.º en voz baja.) Ten cuidado y levanta ese fu-

sil, no se te dispare, que vas á matar al patrón.

Ladislao (Dando un salto.) (¡Caray!) (Se vuelve aterrado quitandose de donde está. Figurando que arregla los cacharros de la chimenea.

Sarg. (¡Hola!, lo véis!) (A los soldados.) Mala gente; mucho tino.)

Sold. 1.º (En ello estamos.)

Sold. 2.º (Observaré bien.)

Cor. (Preparándose para cantar.) Cuando queráis.

Sarg. Veamos tu mejor canción.

Cor. Oid.

Música

Cor.

A mí me llaman tonto
las mozas de la aldea
y tontas lo son ellas
y tonto el que lo crea.
Al «Eco» pregunté
por qué seré yo así,
y el «Eco» dijo
no sé por qué
más de diez veces
que sí, que sí.

Ladislao (Pasando por su lado con un capazo, aparte y dirigéndose á la otra habitación.)

Chito, chito,
chito, chito,
porque pueden
sospechar.

Cor.

No vayas á la fuente
que está muy solo el río
y anda por él un tonto
que tiene frío. (Baila.)

—

Cor.

A mí me llaman tonto
las mozas de la aldea,
etc. etc.

—

Ladislao (Volviendo á pasar, como antes, hacia el hogar.)

Mira, mira
mira, mira
que nos vas
á reventar.

—

Cor. Las mozas me llaman bribón
y si hay ocasión
les doy la razón
y alguna que á solas cogí,
no dice de mí
lo tonto que fuí.
No vayas á la fuente,
etc. etc. (Baila.)

—

Algunas se quieren burlar
y yo ¿qué he de hacer?
me dejo engañar,
y luego resulta por fin
que nace un tontín
muy chiqurritín. (Baila.)

Hablado

Sarg. No te das mala traza para ser idiota, no.

Sold. 1.º ¡Estuvo salado el mozo!

Cor. Es mi vida; cantar, bailar...

Cas. (Saliendo muy alegre con el jarro en el alto.) ¡Eéé... ééé! (Les hace señas de que es riquísimo)

Sarg. Aquí nos trae el vino la molinera.

Ladislao (A Corvino.) (¡Le habrá envenenao!)

Cor. (¡Calle usted, que van á caer en sospecha!)

Sarg. Danos vasos.

Cas. (Diciendo que sí con la cabeza.) ¡Eéé (Va á sacar los vasos del armario. Al pasar junto á Ladislao, le dice rápidamente.) (El veneno!)

Lad. (¡Santo Dios!... Pero...) (Acción de espolvorear.)

Cas. (Al oído á Ladislao, al pasar de traer los vasos del armario.) (¡El veneno!) (Pone los vasos en la mesa.)

Lad. (A Corvino.) (Lo ha echao.) (Silda les dice por señas que el vino es riquísimo, que se lo beban todo y vase por la primera izquierda.)

Cor. (¡Qué mala sangre!...) (El Sargento llena los vasos.) ¡Y, si beben!... (¿qué hacemos aquí con tres cadáveres?)

Ladislao (¿Pero cómo lo evito? ¡Calla á ver!) Alto al Sargento.) Se .. se... señor Sargento... (Acercándose.)

Sarg. Qué quieres?

Ladislao No, nada, que... que me paece que ese vino no es digno de personas como ustedes y yo sentiría que su mala calidad...

Sarg. ¡Ca, hombre; si parece excelente!

Ladislao Sí, pero tiene una cara que no me acaba á mí de...
Sarg. La cara es de primera
Ladislao Bueno, la cara sí, pero tiene un cuerpo que no...
Sarg. Y el cuerpo es de lo mejor.
Cor. Le gusta la cara, le gusta el cuerpo...
Ladislao (¡Náa, que le gusta más que su novia!)
Cor. Es un vino muy agrio...
Sarg. ¿Es agrio? ¡Hombre, precisamente me muero yo por ese vino!
Cor. ¡Dice que se muere!
Ladislao Pues eso es precisamente lo que quisiéramos evitar, que gustándole á usté tanto... (No puede acabar del temblor que tiene)
Sarg. (Aparte á los soldados.) La molinera que és riquísimo; este que no lo bebamos...
Sold. 1.º (El vino tiene algo.)
Sarg. (Vamos á verlo.) (Alto.) Molinero.
Ladislao Mande usté. (acercándose.)
Sarg. ¿Serías capaz de hacernos un favor?
Ladislao Ya lo creo.
Sarg. Coge ese vaso.
Ladislao (Que empieza á escamarse.) ¿Yo?... ¿Pá qué?...
Sarg. (Enérgico.) Que cojas ese vaso de vino.
Ladislao (Aterrado)Voy, voy. (Lo coge temblando.)
Sarg. Pues el asunto, es que tenemos una discusión éste y yo.
Ladislao ¿Una discusión?
Sarg. Este dice que no te bebes ese vaso de un trago y yo que te lo bebes.
Ladislao Pues ha perdío usté. (Deja el vaso en la mesa.)
Sarg. (Amenazador.) Coge el vaso (Sacando el sable.).
Lad. ¿Quieren ustés que lo tire y se dejan ustés de discusiones?
Sarg. He dicho que te lo bebes, y te lo bebes.
Cor. (¡Santo Dios!)
Lad. Si es que no me prueba; unas veces me da ardor aquí, en el estómago, y otras se me sube á la cabeza. Siempre me hace daño. (Con el vaso en la mano.)
Sarg. ¡Arriba!
Lad. Arriba y abajo. ¡Ay, Corvino, Corvino! ¿Eres amigo mío?
Cor. Ya lo creo.
Lad. (Dándole el vino.) Pruébamelo.

Cor. Quite usté, hombre.

Lad. Pruébamelo, á ver qué efecto te hace á ti.

Sarg. Basta. ¿Te lo bebes ó no? (Da un golpe sobre la mesa.)

Lad. Sí, señor, sí; en seguida voy. (Señor, acógeme en tu santo seno.) ¡A la salud, de ustedes; la mía que la parta un rayo! (Bebe. Espurrea el sorbo.) ¡Demonio!

Sarg. ¿Qué haces? (Todos se sacuden la ropa.)

Lad. Nada; es que tenía un pelo. Pero, en fin; allá voy. (Se lo bebe todo.) (¡Dios me haya perdonao!)

Sarg. Muy bien. Ahora ya podemos beber nosotros, compañeros. (Beben los tres.)

Cor. (¡Cuatro cadáveres!)

Lad. (Aparte á Corvino.) (¿Se lo han bebido, Corvino?)

Cor. Sí, señor.

Lad. Que nos entierren juntos.

Sarg. ¿Qué?

Lad. Nada; un capricho que tengo, que se lo estaba diciendo aquí al amigo. (Se tambalea.) ¡Ay, qué angustia!

Sarg. ¿Qué te sucede?

Lad. No; nada, nada. ¡Ay, qué dolor!... (Suena una corneta lejana.)

Sarg. ¡Callad! ¿Ois? Toque de «Al arma». Alguna patrulla en peligro.

Soldados Corramos. (Se levantan.)

Sarg. Hasta pronto. No será esta nuestra última visita. Adiós. (Vanse puerta foro.)

Lad. Que en gloria estéis. (Se sienta al lado izquierdo de la mesa.)

ESCENA XII

LADISLAO, CORVINO. Luego la SEÑORA CASILDA

Cor. ¡Se van á morir á la intemperie! (Después de cerrar la puerta.)

Lad. (Llorando.) ¡Ay, Corvino de mi alma!

Cor. ¿Cómo se encuentra usté?

Lad. En las boqueadas. Tengo un ascua de fuego aquí, en el estómago... Me dan convulsiones. (Se agita en la silla.) Siento que ya se me va la

cabeza... y antes que se me vaya, quiero despedirme... despedirme de todos. Llámalos.

Cor. (Llorando.) ¡Pobre señor Ladis!

Lad. No llores, hijo mío.

Cor. ¿Qué le daría yo á usté pa contrarrestar ese veneno?

Lad. Nada, Corvino; ya no tengo remedio. ¡Ay!... ¡Me siento morir! Soy como una luz que se apaga.

Cor. ¿Quiere usté un poco de aceite?

Lad. ¿Para qué? Si mira qué torcida... qué torcida tengo ya la boca.

Cor. No le hace. (Va al armario y saca una botella.) Aquí hay aceite; beba usté un poco. Tengo oído que esto es muy bueno; hace devolver.

Lad. ¿Hace devolver?

Cor. Sí, señor. (Ladislao bebe.)

Lad. Pues entonces, ese poco que me he dejao, dáselo al señor Bruno, que hace un año que me debe veinticinco florines, y si los devuelve...

Cor. ¿Qué?

Lad. Que con ellos me mandes decir una misa de difuntos muy solemne.

Cor. ¿Una misa? ¿Quiere usté que se la canten?

Lad. Como no la voy á oir, conque me la tarareen, basta.

Cas. (Saliendo primera izquierda.) ¿Se han ido ya?

Lad. (Con voz desfallecida.) ¡Sí, ya se han ido, y yo también me voy; adiós, Silda!

Cas. ¿Dónde te vas á estas horas? (Desde la misma puerta.)

Lad. Ahí... ahí, á la... ahí, á la eternidad, á dar un recao; ya vuelvo..

Cas. ¿Qué?

Lad. ¡Que ya vuelvo la vista y todo!... ¡fíjate!

Cas. (Acercándose.) ¿Pero qué te pasa? ¿Qué tienes? ¡Qué pálido estás, no me había fijao!

Cor. (Llora.) Que está acabando.

Cas. ¿Acabando de qué?

Lad. Acabando de vivir... ¡Que me muero!

Cas. ¡Cómo que te mueres!

Cor. Sí, señora; el Sargento le ha hecho beber del vino que usté ha traído.

Cas. ¿Y qué?

Cor. Y como estaba envenenao... pues...

Cas. ¡Qué iba á estar envenenao, hombre!

Lad. (Incorporándose.) ¿Cómo que no?

Cor. ¿Pero no le echó usté los polvos de las ratas?

Cas. ¡Yo qué le iba á echar!

Lad. ¡Que no!... Entonces, cuando has traído el jarro, ¿por qué me decías «¡el veneno!» «¡el veneno!?»

Cas. Porque te preguntaba que dónde le habías metido, que no lo encontraba por ninguna parte.

Lad. (Se levanta radiante de alegria.) ¡Ay, Silda de mi corazón! (La abraza.) ¿De modo que ya no te dejo viuda?

Cas. ¡Qué me vas á dejar, hombre!

Lad. ¡Ay, qué gusto!... ¡Qué alegría! (A Corvino, dejando de saltar y bailar.) Pero, oye, ¡caray!

Cor. ¿Qué pasa?

Lad. ¿Qué hago yo ahora con el aceite que me has dao?

Cor. ¡Es verdad! Pues nada, no se apure usté. Se come usté seis lechugas, se bebe un poco de vinagre, y con la sal que usté tiene, ensalá pa dos meses.

Lad. ¡Superior! ¡Qué chico este! ¡To se lo encuentra arreglao! (Abrazando á su mujer.) ¡Ay, Silda de mi alma! Con el aceite, el vinagre, mi sal y este cogollo ¡pa chuparse los dedos!... (Vanse primera izquierda abrazándose.)

ESCENA XIII

CORVINO y CLAUDIO

Cor. ¡Qué susto ha pasao el pobre hombre! ¡Va loco de alegría!

Claudio (Levantando poco á poco la trampa del subterráneo y sacando la cabeza.) ¡Corvino! ¡Corvino!

Cor. ¡Claudio! (Se acerca.)

Claudio (En voz baja.) ¿Se fueron?

Cor. Nos han dao un rato amargo; pero, al fin, les hizo marchar un toque de corneta.

Claudio Saldré entonces. (Sale.)

Cor. ¿No pudiste huir por la salida del subterráneo?

Claudio No; hay ante ella un grupo de franceses. Sin duda sospechan que estoy aquí y cercan el molino.

Cor. ¡Santo Dios!

Claudio El señor Elías quedó espiando para avisarme si se alejan, pero me temo que no; me persiguen sin tregua. Anoche, para huir del mesón de Isurfiel, tuve que disfrazarme de vieja campesina.

Cor. ¿Y por qué vienes á costa de tanto peligro?

Claudio ¡Que por qué vengo? ¡Y me lo preguntas tú? Perseguido, acosado, aquí he de venir, mientras quede un latido en mi corazón. ¡Por verla! ¡Sólo por verla!

Cor. ¡Claudio!

Claudio En la llama de sus ojos, Corvino, prende el fuego de entusiasmo y de gloria que me invade. ¡Por ella he tenido fe, ardimiento, abnegación! ¡Por ella quise ser héroe! El Tirol le debe á Isabel la mitad de mi leyenda: que yo pienso que el que no tiene amor al que consagrarle sus triunfos ¡para qué quiere ser grande!

Cor. ¿Tanto la amas?

Claudio ¡Cómo decírtelo? ¿Recuerdas cuando estuve en ese subterráneo, inmóvil, agonizante?... Pues vida me parecía la muerte al sentirme morir bajo su mirada llena de luz.

Cor. Bueno; y toas esas ternezas, ¿por qué no las hablas con ella?

Claudio Porque su cariño hacia Jorge es infinito, y no quiero que sobre este secreto amor caiga la sombra de su desprecio.

Cor. Pues yo creo que debías hablarla. Hoy tiés la mejor ocasión de tu vida.

Claudio ¿Por qué?

Cor. Ya te habrá dicho el señor Elías que han estao Jorge y el señor Alberto á hacer las peticiones pa la boda.

Claudio Ya me lo ha dicho. Y sé—¡miserables!—que al decirles que perdió su fortuna por la guerra, se fueron sin dejar nada convenido...

Cor. Nada.

Claudio Isabel, ¿qué hizo?

Cor. Lloró amargamente. Por eso te digo que

quién sabe si al ver la ruindad de ese hombre y conocer ese cariño tuyo tan regrande...

Claudio No, Corvino, no pienses eso. Un verdadero amor disculpa todas las infamias.

Cor. ¡Qué va á disculpar! ¡Esas son gaitas!... Y, vaya, me se ha antojao á mí que á ti no te se pudra ese cariño dentro. Ahora verás.

Claudio ¿Qué vas á hacer?

Cor. Aguarda. (Llamando primera izquierda.) ¡Isabel! ¡Isabel!

Claudio (Azorado.) Pero, ¿qué vas á hacer?

Cor. No te apures. ¡Y está temblando! ¡Vaya unos guerreros! (Llamando.) ¡Isabel!

ESCENA XIV

DICHOS é ISABEL por la primera izquierda

Isabel (Saliendo.) ¿Me llamabas?

Cor. Mira quien está aquí,

Isabel ¡Claudio!

Claudio ¡Isabel!

Isabel ¿Nada te ocurrió?

Claudio Nada.

Isabel ¿No pudiste huir?

Claudio Cercan el molino.

Isabel ¡Y qué susto cuando llegaste! ¡Creí que venías herido!

Cor. Y que precisamente cuando llegó estábamos hablando de él. ¿verdad?

Isabel Es cierto, hablábamos de ti.

Claudio ¿De mí?

Isabel Iba Corvino á contarme un secreto de tu vida. Una historia de amor.

Claudio ¿De amor? No le hagas caso.

Isabel Parecía una historia interesante.

Cor. Y lo es ¿Recuerdas cómo empezaba?

Isabel Sí; creo que sí. Empezaba... «De una niña, bonita como un sol, se enamoró un soldado del Tirol.»

Cor. ¡Eso es, eso es! ¿Oyes, Claudio? «De una niña, bonita como un sol, se enamoró un soldado del Tirol»... Sigue tú.

Claudio Pero...

Cor. Sigue tú, sigue tú. (Vase por la corraliza.)

Música

Claudio «De una niña, bonita como un sol,
se enamoró un soldado del Tirol.»

—

Ella era linda como una rosa,
y él era bravo como un león,
pero al hallarse junto á la hermosa
nunca le hablaba de su pasión.
Y las gentes al verlos
al pasar, sin hablar,
les cantaban burlones
un cantar militar.

—

Rataplán, rataplán.
Soldado enamorado
que buscas un amor,
valiente, de frente,
ataca con valor.

—

Rataplán, rataplán.
Soldado, ten cuidado,
que es frívolo el amor.

—

Y ahora el pobre soldado
que no alcanzó su amor,
canta muy apenado
llorando aquel dolor:
«De una niña, bonita como un sol,
se enamoró un soldado del Tirol.»

—

Isabel Es muy sentido tu cantar.
Claudio Yo también lloro como él.
Isabel ¿Y qué mujer te hizo llorar?
Claudio No me preguntes, Isabel.
Isabel Calmar quisiera tu amargura,
porque también lloré de amores;
nuestra alma siente igual ternura,
iguales son nuestros dolores.
Si yo tu hermana siempre fuí
y como tú también lloré;
ese dolor calmar sabré,
porque también yo lo sentí.

—

Claudio Si yo pudiera hablar un día...

Isabel ¿Qué la dirías?

Claudio La diría:
Es mi victoria tu amor sincero;
él es mi gloria, sin él me muero.
Todas las rosas te ofrece el día.
Ya ves las cosas que la diría.

Isabel ¿Y por qué callas?

Claudio Porque no puedo
pintarla el fuego de mi pasión.

Isabel ¿Y qué te asusta?

Claudio Que tengo miedo
de hacer pedazos mi corazón.

Isabel Pues sé valiente; ten corazón.

Claudio Es que al hablarla no sé empezar.

Isabel No hagas lo mismo que en el cantar.

Claudio Ni ella lo mismo que en mi canción.

Los dos Y ahora el pobre soldado
que no alcanzó su amor,
canta muy apenado
llorando aquel amor:
«De una niña, bonita como un sol,
se enamoró un soldado del Tirol;
pero al hallarse junto á la hermosa,
nunca le hablaba de su pasión.»

Hablado

Isabel ¿Comprendes ahora el dolor de un querer perdido para siempre?

Claudio Quizá sí; tan bien lo explicas, que tu amargura parece como que se prolonga hasta mi alma.

Isabel ¿Habrás querido tú á la mujer de tu historia como yo á Jorge?

Claudio Tal vez más.

Isabel Entonces, ahora que sé que sientes un dolor igual al mío, comprenderás mi pena infinita por la ausencia de Jorge.

Claudio ¿Le amas mucho?

Isabel ¡Con pasión inextinguible y eterna!

Claudio ¿Y qué haría yo, Isabel, para aliviar tus pesares?

Isabel ¡Oh, si pudieses ayudarme! Y mira; antes, antes pensé en ti.

Claudio ¿En mí?

Isabel — Recordé que una vez me dijiste que por mi felicidad darías hasta la vida.

Claudio — Mi sangre, gota á gota.

Isabel — Gracias, Claudio. ¡Pero no; loca de mí! ¡Es inútil tu auxilio!

Claudio — ¿Por qué?

Isabel — Porque lo que necesito no lo tienes tú, pobre soldado vencido, fugitivo, triste.

Claudio — ¿Qué necesitas? Dímelo, sin embargo.

Isabel — Recuperar lo que perdí; volver á ser rica. ¡Mi dote!.. ¡Mi dote!

Claudio — ¡Oh, si yo pudiera!...

Isabel — ¡Dinero!... ¡¡Dinero!!

Claudio — (Abatido.) ¡Dinero!

ESCENA XV

DICHOS y el SEÑOR ELÍAS. Llaman á la puerta con fuertes golpes

Claudio — ¡Silencio!

Voz — (Fuera.) ¡Ah, del molino!

Isabel — (Alto.) ¿Quién va?

Voz — Tropas francesas; abrid pronto.

Isabel — (En voz baja.) ¡Los franceses! ¡Huye! ¡Sálvate!

Claudio — Calma; no abras todavía.

Elías — (Saliendo por el subterráneo.) Ya desaparecieron de la entrada del subterráneo.

Claudio — ¡Calla!... ¡Están en la puerta!

Isabel — Han llamado aquí.

Elías — ¿Aquí? (A Claudio.) Huye pronto.

Claudio — Quizá sea esto una añagaza para esperar ocultos mi fuga. Me ocultaré en la corraliza. Abridles. (Vase por donde dice. A los golpes salen Corvino, Ladislao y Casilda, formando grupo á la izquierda. Ladislao abre la puerta y vuelve á su sitio.)

ESCENA XVI

DICHOS. Un OFICIAL francés. Un SARGENTO. SOLDADOS franceses. CORVINO, por la corraliza. CASILDA y LADISLAO, por la primera derecha

Ofic. — Buenas noches. (Entran todos, quedando de á dos en el fondo derecha; el Sargento, después de cerrar, se coloca á la cabeza de la fuerza.)

Elías — Adelante.

Ofic. — ¿Hay alguien más que vosotros en esta casa?

Elías — Nadie más, señor capitán.

Ofic. — Pues nuestras avanzadas tienen noticias de que á Claudio Isbruk se le ha visto esta noche rondar el molino.

Elías — Yo os digo que no pisó estos umbrales.

Ofic. — Si mentís, á costa de vuestras vidas será.

Elías — Lo cierto es lo que se ha dicho.

Ofic. — Os advierto que todo el Tirol está sometido, y que harto el emperador de que ese hombre obstinado y cruel se empeñe en mantener en armas contra Francia esta sola comarca, ha dispuesto en un edicto que voy á leeros poner precio á su cabeza.

Isabel — ¡Jesús!

Ofic. — Escuchadlo por si os interesa. (Pausa. Todos atienden. Claudio asoma atento su cabeza escuchando también.) «Campesinos tiroleses: Deseando terminar una guerra cruel á la que me he visto, bien á mi pesar, empujado por la barbarie de algunos fanáticos y siendo Claudio Isbruk el único de ellos que todavía hace armas contra mis tropas, he decidido premiar con veinte mil florines á quien me lo entregue vivo ó muerto. El capitán encargado de su persecución dará en el acto el premio ofrecido á quien capture ó facilite la captura del aludido guerrillero. Por orden del emperador, Jufrey. (Desaparece Claudio.)

Elías — (Con amarga sonrisa.) ¡Veinte mil florines! ¡Bien paga Francia á los traidores!

Ofic. — (Reconviniéndole.) Mejor paga á sus fieles, señor molinero.

Isabel — (Atajando su respuesta.) ¡Padre, por Dios!

Ofic. — Por todas las aldeas y caseríos es ya conocido el decreto; no tardará ese hombre en caer en mis manos. Son veinte mil florines y hay en el Tirol mucha miseria.

Elías — No tanta como cree vuestro emperador, señor capitán; nadie delatará á Claudio Isbruk.

Ofic. — Ya lo veremos. ¿Teneis en el molino algún sobrado ó pajar donde esta gente pueda descansar unas horas?

Elías Los pajares están en ese lado; que pasen si gustan. (Les indica la corraliza.)

Ofic. (A la tropa.) Entrad por ahí; que uno vigile y descansen los demás.

Sarg. A la orden, mi capitán. (Se disponen á irse.)

Cas. Voy á ver si quieren vino.

Lad. (Deteniéndola.) Quieta; haz el favor.

Ofic. La gente de la casa puede retirarse. Yo aquí espero el amanecer; no necesito descanso.

Elías Ya lo oís, retiraos; yo le haré compañía. (Llaman á la puerta; se detienen todos.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS. CLAUDIO ISBRUK, disfrazado de viejo mendigo

Elías ¿Quién llama?

Claudio (Con la voz cascada de un viejo.) ¿Hay tropas francesas en el molino?

Ofic. Sí las hay, ¿qué deseas?

Claudio Haceros una confidencia; abrid.

Ofic. Abridle en seguida.

Sarg. (Abriendo.) Pasad. (Entra Claudio totalmente desfigurado por su disfraz de viejo mendigo. Llevará peluca con grandes greñas y barba blancas y se cubrirá con un miserable tabardo, apoyándose en un báculo. En vez de sombrero, llevará un gorro judío.)

Ofic. ¿Quién eres?

Claudio Señor capitán: vengo rendido de fatiga siguiendo vuestras huellas. Soy el mendigo Stok; el viejo judío, amigo de Francia.

Ofic. ¿Y por qué me sigues?

Claudio Para haceros un favor inmenso... y para ser rico. ¡Yo!... ¡Yo; el viejo miserable!... ¡el hambriento vagabundo!... ¡Rico!... ¡¡Al fin!!

Ofic. Habla; ¿qué favor quieres hacernos?

Claudio ¿No se ha pregonado la cabeza de Claudio Isbruk? ¿No se dan veinte mil florines á quien os lo entregue vivo ó muerto?

Ofic. Así es.

Claudio Pues yo vengo á entregárosle, señor capitán.

Ofic. ¿Tú?

Todos (Los del molino tratando de agredirle.) ¡Traidor! ¡traidor!

Claudio (*Amparándose tras el Capitán.*) ¡Libradme de esta gente!

Ofic. Silencio todos. (*A Claudio.*) Nada temas. ¿Y tú sabes dónde está Claudio Isbruk?

Claudio Lo sé.

Ofic. ¿Dónde está?

Claudio Primero el oro; dadme el oro ofrecido.

Ofic. Sargento, entregádselo.

Sarg. (*Poniendo un saco de monedas sobre la mesa.*) Aquí lo tienes, viejo avaro.

Claudio (*Precipitándose sobre él.*) ¡Oh! ¡¡Al fin!!

Ofic. Y ahora dime dónde está ese hombre.

Claudio ¿Que dónde está? Pues aquí, en el molino, en vuestra presencia... Claudio Isbruk soy yo, señor capitán. (*Se despoja del disfraz y se yergue con arrogancia.*)

Ofic. ¿Tú?

Todos ¡¡Claudio!!

Claudio Yo.

Elías ¿Qué has hecho; qué has hecho, desgraciado?

Claudio Dar la vida por mis dos amores: por mi patria y por Isabel.

Isabel ¡Santo Dios!

Elías Pero tu vida ..

Claudio ¡Para qué quiero conservarla! En cambio, sacrificándola, devuelvo al Tirol, vencido, la paz que desea y, sobre todo, devuelvo á Isabel, enamorada, el amor porque llora. Sí; ahí tienes tu dote, Isabel; la dote que perdiste; te la ofrezco sin jactancia y sin rencor. Sea el precio de mi vida, mi regalo de boda. Sé feliz con Jorge.

Isabel ¡Jamás! ¡jamás! (*Cae llorando en brazos de Casilda.*)

Claudio Vamos pronto, señor capitán; soy vuestro.

Ofic. Esperad. (*Adelanta.*) Oidme todos. Acabo de presenciar la acción heroica de un alma grande, torturada por los dolores más crueles de la vida. Yo, señor Claudio Isbruk, no acepto vuestro noble sacrificio. Soy vuestro adversario, pero soy caballero. Os mataré en el campo de batalla. Aquí no quiero sacrificar la vida generosa de un valiente que se rinde al peso de las desventuras. ¡Libre quedais!

Todos (Con admiración y alegría.) ¡¡Oh!!

Ofic. ¡No sé, por devolveros la libertad, qué castigo mereceré; pero todos los acepto, porque mi vida es de Francia, pero mi conciencia es mía! (Sacando la espada.) Quedad con Dios, señor Claudio Isbruk. (Con voz de mando.) Soldados: variación izquierda. De frente. . Marchen. (Música en la orquesta. Va saliendo la tropa. El señor Elias queda abrazado á Claudio. Corvinó señala este grupo á Isabel, que llora enternecida entre Casilda y Ladislao. Va cayendo el telón lentamente.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE CARLOS ARNICHES

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente
La leyenda del monje.
Calderón.
Nuestra Señora.
Victoria.
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Las campanadas
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
El otro mundo.
El príncipe heredero.
El coche correo.
Las malas lenguas.
La banda de trompetas.
Los bandidos.
Los conejos.
Los camarones.
La guardia amarilla.
El santo de la Isidra.
La fiesta de San Antón.
Instantáneas.
El último chulo.
La Cara de Dios.
El escalo.
María de los Ángeles.
Sandías y melones.
El tío de Alcalá.
Doloretes.
Los niños llorones.
La muerte de Agripina.
La divisa.
Gazpacho andaluz.
San Juan de Luz.
El puñao de rosas.
Los granujas.
La canción del náufrago.
El terrible Pérez.
Colorín colorao...
Los chicos de la escuela.
Los pícaros celos.
El pobre Valbuena.
Las estrellas.
Los guapos.
El perro chico.
La reja de la Dolores.
El iluso Cañizares.
El maldito dinero.
El pollo Tejada.
La pena negra.
El distinguido Sportsman.
La noche de Reyes.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios.
La carne flaca.
El hurón.
Felipe segundo.
La alegría del Batallón.
El método Gorritz.
Mi papá.
La primera conquista.
El amo de la calle.
Genio y figura.
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre.
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
La pobre niña.
El Premio Nobel.
La gentuza.
La corte de Risalia.
El amigo Melquiades.
La sombra del molino.

Precio: UNA peseta.